

El miedo a la libertad

*Erich Fromm,
Paidós, Buenos Aires, 2004*

*Por Gabriela Seghezzo y
Diego Ariel López*



*Pese a mis preocupaciones estaba a veces
tentado de intervenir y el abogado me decía entonces:*

“Cállese, conviene más para la defensa”.

En cierto modo parecían tratar el asunto con prescindencia de mí.

Mi suerte se decidía sin pedirme la opinión.

A. Camus, “El extranjero”

La gente común está dispuesta a tolerarlo todo.

Es capaz de vender la libertad por un poco de tranquilidad.

Por eso debemos agujonearla. pincharla.

A. Burgess, “La naranja mecánica”

En 1941, con su autor exiliado en Estados Unidos, es publicado “*El Miedo a la libertad*” plasmándose un eslabón más de la cadena de investigaciones que hacen de la interacción entre estudios psicológicos y sociológicos su matriz teórica. Desde el prefacio, Erich Fromm sienta las bases de su opción epistemológica: “*Para entender la dinámica del proceso social tenemos que entender (...) los procesos psicológicos que operan dentro del individuo, del mismo modo que para entender al individuo de-*

bemos observarlo en el marco de la cultura que lo moldea.” Distanciado simultáneamente de las concepciones ortodoxas de la tradición marxista y de las lecturas biologistas freudianas, presenta al lector una fructífera clave interpretativa. En ella el carácter del hombre moderno es estructurado por y factor de posibilidad para la (re)producción de *las condiciones básicas de la vida*. De este modo, la articulación dialéctica entre práctica y conciencia constituirá el principal cimiento de su reflexión.

La incógnita central que guiará el recorrido del libro será tratar de develar por qué el hombre moderno si bien se libró de las cadenas que lo ataban en la sociedad medieval, reconstruyó lazos de sumisión que siguen obstruyendo su camino hacia la libertad. Si la clásica propuesta iluminista prometía emancipación con la abolición de toda dominación exterior al hombre, pasó por alto al carcelero interno y los distintos procesos que lo dotan de vitalidad. En función de responder por qué motivos el hombre parece temerle a la libertad escapándole incesantemente, la estrategia de Fromm es múltiple: se sumerge en la estructura y la dinámica del carácter del individuo, analiza los procesos económicos, sociales y políticos en profunda interrelación, en pos de aprehender dialécticamente la complejidad interna del vínculo individuo-sociedad.

El punto neurálgico de su obra, en donde la estrategia se ve desarrollada por completo, es en el nacimiento del individuo como tal. El movimiento, por el cual se desprende de sus *lazos originales*, es llamado por Fromm “proceso de individuación”. Sus consecuencias son dobles: el crecimiento de la fuerza del “yo” y en paralelo un aumento del sentimiento de soledad e insignificancia producto de lazos (de pertenencia) que definiti-

vamente se han roto. Es en este contexto que Fromm refina una (sino la principal) categoría del libro. La libertad adquiere dos sentidos: *libertad de* (sentido negativo), en tanto el individuo se despoja de lastres; y *libertad para* (sentido positivo), al volverse potencialmente autónomo para la construcción de su vida. El hombre, ahora individuo, está en posición (como nunca antes) de ser artífice de su propio destino, tiene por delante dos opciones. En primer término re-ligarse, desde su nueva posición, con la naturaleza y los otros hombres por medio del “amor” y el “trabajo creativo” fusionando en su obrar sentidos de libertad. Segundo, convertirse en presa de su temor refugiándose en nuevos vínculos que (re)creen la pertenencia perdida, intentando evadir su individualidad y libertad.

Sagaz observador de su tiempo, Fromm advierte en el fascismo (como expresión política) y en la creciente estandarización de los individuos (como expresión sociocultural) dos formas colectivas de una opción que parece repetirse constantemente hasta dejar a la civilización occidental inmersa en una crisis, que no por ello es la encarnación de un destino inevitable.

Con esta convicción, el escritor se embarca en la empresa de dilucidar cómo se articulaban los factores económicos, sociales, psicológicos y políticos de manera tal que condicionaron la “salida” en una única dirección: nuevos vínculos de sujeción y sometimiento. Planteado el problema, Fromm, toma como punto de partida para su análisis el derrumbe de la sociedad feudal. El desmembramiento de la totalidad orgánica medieval implica la desaparición del principio rector que regulaba la relación del hombre con sus pares, con la naturaleza e incluso consigo mismo, trayendo como consecuencia inevitable una

ampliación de la libertad pero como contrapartida un aumento del sentimiento de inseguridad: se pone en juego el par libertad/inseguridad en permanente tensión (proceso de individuación).

En el plano económico, con el advenimiento del capitalismo, se instaura una sociedad de clases donde los estamentos feudales son reemplazados por un sistema en el que la movilidad social se encuentra relacionada con el desempeño individual. El autor, muestra el impacto diferencial según la situación de cada estrato con respecto a los cambios aludidos. No obstante, sin diferenciación alguna, la inseguridad frente a los efectos de la competencia, opaca las mieles que sus emancipatorias promesas auguraban.

Asimismo, en este momento del desarrollo histórico surgen el luteranismo y el calvinismo. Estas doctrinas religiosas ofrecieron "soluciones" para mitigar ese sentimiento de temor, aislamiento y soledad (inseguridad); mostrando su cara libertaria en relación con el verticalismo de la versión católica del cristianismo (valgan como ejemplos: el cuestionamiento a la figura del Papado como Sumo Pontífice o el monopolio en la interpretación bíblica). La reflexión se profundiza debido a que estas manifestaciones teológicas no son sólo la expresión articulada del malestar, además, potencian esos sentimientos que le eran propios a los hombres devenidos en individuos. Es decir, la doctrina de la predestinación llena de dudas al individuo, lo que produce que éste busque refugio en la actividad compulsiva del trabajo. La construcción protestante de la naturaleza del hombre, lo llama a autohumillarse como medio de redención ante un Dios tan poderoso como falto de piedad. En pocas palabras, la figura del asceta que Max Weber construye en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

De esta manera, las doctrinas protestantes, prepararon al individuo psicológicamente para el papel que tenía que desempeñar en el moderno sistema industrial: "...el proceso social, al determinar el modo de vida del individuo, (...) moldea la estructura del carácter; de esta se derivan nuevas ideologías (...) que son capaces a su vez de influir sobre aquella misma estructura acentuándola, satisfaciéndola y estabilizándola; los rasgos de carácter recién constituidos llegan a ser, también factores importantes del desarrollo económico e influyen así en el proceso social."

En consecuencia, el teórico alemán, en este devenir histórico evidencia cómo se ha generado un proceso por el cual se establece dentro del binomio inevitable libertad/inseguridad un crecimiento exacerbado hacia el polo de la inseguridad; el hombre somete su "yo" a fines extra humanos: el capital, Dios (luego la patria, el líder, el consumo, la moda). El hombre, al no lograr progresar hacia la *libertad para* (único escape posible a esa trampa dicotómica), trata de rehuir de la *libertad de*, construyendo formas (mecanismos) para evadirse de su insoportable zozobra. En un nivel individual desarrolla: el autoritarismo, la destructividad y la conformidad automática.

En un nivel social, el autor deja entrever cómo esos mecanismos individuales se estructuran de manera tal que son el basamento sobre el que se asientan la sumisión al líder en el fascismo y conformismo automático de las democracias modernas. Las condiciones psicológicas no son la causa del nazismo, pero sí la base humana que permitió su desarrollo: hay una presencia simultánea de tendencias impulsivas sádicas y masoquistas (carácter autoritario) en la interrelación compleja entre los pares posibles líder-masas-inferiores.

Ahora bien, no sólo el fascismo es un peligro que acusa a la sociedad, existe también una amenaza latente en las democracias modernas: al reproducir la insignificancia y la impotencia del individuo, nuestra cultura fomenta tendencias hacia el conformismo; el individuo se adapta a las expectativas de los demás disolviéndose en las pautas culturales de modo que la discrepancia entre el yo y el mundo desaparece (ilusoriamente).

La contribución fundamental de esta obra es iluminar uno de los modos en los que en las sociedades contemporáneas opera invisiblemente la regulación social. La opresión es internalizada por el individuo, de modo tal que es (re)presentada subjetivamente como natural, quedando ocultas las bases sobre las cuales el poder se sustenta, dificultándose aún más la autorrealización del yo.